

F 1215

R6

1880

UN VIAJERO

DE DIEZ AÑOS

RELACION CURIOSA E INSTRUCTIVA

DE UNA EXCURSION DE

POR DIVERSOS PUNTOS DE LA REPUBLICA MEXICANA

ESCRITA

La propiedad de esta segunda edicion pertenece á JUAN BUJO Y COMPAÑIA, á quienes el autor ha cedido todos sus derechos.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CAPITULO I.

Una familia feliz.—Ligerísima idea de la historia de México.

En una de las calles mas céntricas de la hermosa ciudad de México, vivia, hace poco tiempo, D. Juan Santiestevan, comerciante honradísimo, respetado generalmente por sus vastos conocimientos mercantiles y apreciado por la bondad de su corazón y por la belleza de su carácter.

La esposa de D. Juan, que se llamaba Luisa, pertenecia á una de las más distinguidas familias de Guadalajara: era una señora de treinta y dos á treinta y cinco años de edad, hermosa todavia, de esmerada y finísima educacion y llena de esa dulce gracia que la virtud y la tranquilidad del alma

hacen resplandecer en el semblante, á pesar de los años y de las vicisitudes de la vida. D. Juan y Doña Luisa se amaban tiernamente, y su union era para ellos un manantial inagotable de ternura y de felicidad.

El cielo habia bendecido cariñoso su matrimonio dándoles tres hijos: Cárlos, Adelina y Luis.

Cárlos tenia diez años, Adelina ocho y Luis seis.

Cárlos era un hermoso niño de complexion débil y delicada, de rostro pálido y simpático y de génio dulce y apacible. En sus grandes ojos negros y melancólicos se dejaba ver constantemente el fulgor de una bella inteligencia, y en sus palabras se advertian una circunspeccion y un buen juicio raros en su edad.

En sus primeros años, su padre mismo le habia enseñado á leer y á escribir; y más tarde, bajo la direccion de distinguidos profesores, habia estudiado la aritmética, la álgebra, la gramática española, el idioma francés y la geografia.

En el colegio y en todas partes, sus sentimientos elevados y generosos, su aplicacion, su docilidad y la amable dulzura de su carácter le habian granjeado el aprecio y el cariño de sus maestros y de sus condiscípulos.

Era la esperanza y el orgullo de aquella excelente familia.

Adelina era blanca, rubia, de mejillas de rosa, de ojos color de cielo y de sonrisa graciosísima: en su alma, inocente y pura, se reflejaban ya los encantos, la ternura y las virtudes de su amorosa madre.

Adelina, era sencilla, alegre, dócil como Cárlos y llena de cariño hácia sus padres.

Sabia tambien leer y escribir; estudiaba con empeño la geografia, hablaba el francés de una manera encantadora y comenzaba á bordar en canevá, flores, que por ser sus primeros ensayos, eran elogiados por Doña Luisa, aunque ciertamente aquellas hebras verdes y rojas, lamentablemente erizadas, causaban compasion.

El pequeño Luis era un niño robusto y rozagante, de ojos negros y pequeños, pero expresivos y vivísimos; de rostro picaresco y de carácter ardiente y arrebatado. No estaba un momento quieto era alegre, bullicioso, risueño y locuaz.

Tenia tambien una hermosa inteligencia; pero sea por su edad, sea por su génio, aborrecia el trabajo, y todos los esfuerzos de sus padres para ha-

cerle aprender algo de provecho habian sido inútiles.

En el colegio, mientras Carlos sorprendia con su aplicacion, Luis se entretenia en destrozár el libro segundo, para formar barquillos con las hojas, en referir cuentos á sus camaradas ó en adornar con las respetables gafas del maestro, los inmóviles ojos del busto de Galileo.

Los tres niños eran el encanto y la adoracion de sus padres; pero D. Juan manifestaba una señalada predileccion por Adelina, y Doña Luisa por el pequeño Luis.

Amables y complacientes constantemente Carlos y Adelina, nunca daban á sus padres motivos de disgusto; Luis, por el contrario, impulsado por su carácter ardiente y arrebatado, obligaba á D. Juan á dirigirle palabras severas, aunque casi siempre terminaban por una sonrisa.

La excelente madre corregia tambien los errores infantiles del niño mimado; pero, no pocas veces, sus reprimendas se mezclaban con lágrimas y con besos.

Cuando alguno de los tres niños estaba triste, Doña Luisa lloraba ocultamente y D. Juan sentia

una extraña inquietud que no acertaba á explicarse.

La alegría de aquellos pequeños seres formaba la felicidad de los amorosos padres.

El afán de ambos por verlos siempre contentos, era infatigable, é inmensa la solicitud con que procuraban formar su corazon en el bien, iluminar su naciente inteligencia con la luz de la verdad, y embellecer su alma, para que un dia llegaran á ser queridos y respetados en la sociedad.

Aquel tranquilo hogar, hermoseedo por el santo amor paterno, y protegido por el ángel de la virtud, presentaba constantemente un cuadro tan risueño como encantador.

Era un espléndido cielo de primavera, siempre azul y sin nubes.

En la época en que comienza la accion de nuestra historia, D. Juan vivia, como hemos dicho, en una de las calles más céntricas de la capital, en una casa modesta, pero elegante. El patio de esta casa, pequeño, pero no sombrío, daba entrada á varios almacenes y tenia una escalera en el fondo, perfectamente construida y que conducia á las habitaciones de la familia. En este departamento no se reflejaba el esplendor magnífico del lujo y de la

riqueza, pero sí el agradable bienestar de la comodidad y del aseo. Se componia esta habitacion de tres recámaras, de una sala amueblada con gusto, de un comedor lleno de luz, y de un amplio salon que servia de estudio.

Era uno de los primeros dias del mes de Enero.

En el salon de que hemos hablado, y en el cual tenia D. Juan su corta, pero selecta biblioteca, estaba reunida la mayor parte de la familia. Doña Luisa cosia cerca de una ventana, á su lado Adelina se entretenia en bordar un verde y extraño paisaje, Carlos leia en voz alta un libro de historia, y el pequeño Luis, de pié sobre una silla, fingiendo que estudiaba, se entretenia en pintar á hurtadillas muñecos y diablillos sobre la carta de la República.

—Mamá, dijo Adelina, alzando la vista del bordado y fijando sus grandes y hermosos ojos azules en el rostro de su madre: ¡cuánto me gustaria contemplar un paisaje así, lleno de árboles y de flores!

—Todos los dias estás viendo los grandes y hermosos árboles de la Alameda y de San Cosme, hija mia, contestó la madre dulcemente.

—Yo quiero ir á San Cosme; llévame al Tívoli,

mamá, exclamó Luis, bajando de su silla y colocándose de un salto al lado de Doña Luisa.

—Niño, por Dios, retírate, me estás ensucian-do la costura.

Luis hizo una graciosa mueca y volvió á continuar su inturrumpida tarea.

En la Alameda no hay montañas, ni rios, ni cascadas, ni puentes, dijo Adelina; yo quisiera ver un paisaje como este que estoy bordando. ¡Qué hermoso ha de ser viajar!

—Mi papá dice que uno de estos dias va á Querétaro y que yo le he de acompañar, dijo Carlos cerrando su libro.

—Gracias á Dios que terminaste tu fastidiosa lectura, murmuró Adelina.

—Oye, mamá, lo que se atreve á asegurar mi hermana, replicó Carlos. ¡Fastidiosa mi lectura! Papá me ha dicho que la historia de nuestro país es tan bella como interesante.

—Ciertamente, nuestra historia es un tesoro de grandeza y de heroísmo, hijo mio, dijo Doña Luisa.

—Deberias estudiarla para que no dijeras esas tonterias, añadió Carlos. Dime ¿sabes quiénes fueron los que fundaron nuestra hermosa capital?

—Qué sé yo, contestó Adelina desdeñosamente.

—Los aztecas la fundaron el año de 1325, dijo Carlos satisfecho.

—¿Quiénes fueron esos señores? preguntó Adelina.

—Los aztecas, dijo Carlos, de los cuales descendían los indios de nuestros alrededores, constituían un pueblo audaz y guerrero, cuya patria era Aztlan, situada al Norte del Golfo de California, según creen la mayor parte de nuestros historiadores. Fatigados de la miseria en que pasaban su existencia, los aztecas, resolvieron buscar un país más fértil y más hermoso, y siguiendo los consejos de sus oráculos, emprendieron una larga peregrinación hasta llegar, después de muchos años, á nuestro incomparable valle, al cual dieron más tarde el nombre de Anáhuac.

—Es decir, preguntó Adelina, que esta calle, y la de Cadena, y la de Zuleta, y las de Plateros, y el Zócalo, y la Alameda formaban el Anáhuac?

—No solamente esas calles, hija mía, contestó Doña Luisa, todo el valle de México que es muy extenso.

—Y por qué se detuvieron aquí, y no en otra parte, preguntó Adelina, llena siempre de curiosidad.

—Porque decían que los dioses de su religión, por medio de sus oráculos, y de sus sacerdotes, les previnieron que solo se detuvieran en el sitio donde encontrarán, sobre un nopal, un águila corpulenta y hermosa, con las alas extendidas y devorando una serpiente.

—¿Y aquí la encontraron?

—Sí, dijo Carlos, en un islote, en el centro de una laguna.

—¿Qué, donde hoy hay calles había agua? preguntó Luis.

—Sí, hijo mío, dijo la madre; por eso este sitio se llamó ANÁHUAC, nombre que en idioma mexicano quiere decir: *cerca del agua*.

—Luego los aztecas hicieron la Catedral y el Palacio, y la Alameda y la Profesa?

—No, hijo mío, dijo Doña Luisa; los aztecas edificaron una ciudad muy hermosa, pero enteramente distinta de la que hoy vemos. La ciudad actual fué construida por los españoles, en el mismo sitio que ocupaba la ciudad antigua.

—Cuéntanos eso, mamá, exclamó Adelina.

—Con mucho gusto, contestó Doña Luisa.

Los aztecas, después de haber vencido y dominado á los pueblos cercanos, se establecieron defi-

nitivamente en el valle, levantaron la magnífica ciudad, con templos y palacios, y fundaron más tarde su poderoso imperio.

—¿Cuántos fueron los emperadores aztecas, Adelina? preguntó Carlos.

La pobre niña no supo qué contestar.

—Fueron once, hija mia, no lo olvides nunca, le dijo Doña Luisa cariñosamente (1). Entre estos emperadores, uno de los más célebres y nombrados en la historia, es Moteuczoma II que figuró en grandes y memorables acontecimientos. Durante su reinado desembarcó en Veracruz el conquistador español Hernán Cortés, uno de los capitanes más ilustres de su época, por su indomable valor y sus heroicas hazañas, aunque desgraciadamente, la crueldad empañó no pocas veces el brillo de la gloria que supo adquirir en los combates.

Cortés desembarcó con su pequeño ejército el Juéves Santo del año de 1519, dijo Carlos.

—Es verdad, hijo mio, veo con placer que tienes una excelente memoria.

(1) Hé aquí los nombres de los reyes de México:

Acamitzin, Huitzilihuitl, Quimalpopoca, Itzcoatl, Moteuczoma I, Ajayacatl, Tizoc, Ahuitzotl, Moteuczoma II, Cuiclahuatzin y Cuauhtemotzin.

—¿Y qué sucedió?

—El audaz capitán español, después de haber quemado sus naves heroicamente, llegó á la capital del poderoso imperio mexicano, donde fué recibido espléndidamente por Moteuczoma. En cambio de la hospitalidad que recibía, Cortés, aprisionó, por medio de la astucia, al emperador azteca, con el intento de dominar á aquel pueblo valeroso. Moteuczoma murió herido en la frente por una piedra que le arrojó uno de sus vasallos. Después de la muerte del desgraciado monarca, Cortés, hostilizado constantemente por el ejército azteca, tuvo que abandonar una noche la capital, sufriendo en su retirada la más terrible de las derrotas.

—A esa sangrienta y desastrosa jornada le llamaron "La noche triste," dijo Carlos.

—¿Y por dónde se fué Cortés? preguntó Adelina.

—Por la calle de Tacuba y las calzadas de San Cosme y de la Tlaxpana, hasta llegar á Popotla, donde existe todavía el árbol memorable, á cuya sombra, es fama, que lleno de ira y de despecho, derramó abundantes lágrimas el indomable y célebre conquistador.

—¿Y no volvieron á México los españoles?

—Sí, hija mía; poco tiempo despues, unidos con los tlaxcaltecas, ocuparon la capital, tras de un prolongado y sangriento sitio, que fué heroicamente sostenido por el jóven y valiente Cuauhtemotzin, último emperador azteca. Llenos de alegría Cortés y sus soldados celebraron su victoria y destruyeron los templos, los dioses y los palacios de la ciudad antigua; sobre los destrozados ídolos colocaron la cruz, y elevaron en el mismo sitio nuestra magnífica ciudad, hoy capital de la República.

—Papá, papá; aquí viene papá, exclamó Luis, saltando gozoso y corriendo á encontrar á D. Juan.

—Otra vez, hijos míos, dijo Doña Luisa, levantándose, os seguiré dando una ligera idea de nuestra historia.

Los tres niños fueron á abrazar á su padre, cariñosamente.

CAPITULO II.

Preparativos de viaje.—Continúa la historia de México.

—Sueño agitado.

—Voy á darte una noticia muy agradable, dijo D. Juan á Carlos.

—¿Vas á llevarnos á Tacubaya, papá? preguntó Luis alborozado.

—No, hijo mio, le contestó D. Juan, sonriendo y besándole apasionadamente; la noticia á que me refiero solo á Carlos le puede interesar.

—¿Qué es, papá? le preguntó Adelina, ciñéndole el cuello con sus pequeños brazos.

—Curiosa, como mujer! exclamó D. Juan.

Adelina se ruborizó y ocultó su hermoso rostro entre las manos.